

# Aumenta el malestar por el dulce meneo

Cansado de la forma deshonesto y risible, por no decir otra cosa con que han dado en la flor de marchar los colegiales y colegialas, aconsejados o dirigidos por alguien con intenciones inciertas, me decidí a poner en solfa esas maniobras tan poco viriles en los varones y poco recatadas en las niñas. Mi deseo era volver por los fueros de la cordura y tratar de poner coto al mal. La "respuesta", como ahora dicen los psicólogos y sociólogos, ha sobrepasado nuestras más halagadoras esperanzas. La crítica referida ha encontrado un eco inusitado entre los diversos sectores de la población, incluso los maestros y profesores que, aunque de acuerdo con nuestras observaciones, no protestan por no lastimar al director; el director no protesta por no ofender al inspector; el inspector para no herir las susceptibilidades del supervisor, y lo mismo hacen los guías y orientadores. No se sabe a dónde nos lleva la responsabilidad en escala ascendente. Nuestras palabras no le hacen ruido al Ministerio, que puede alegar con toda razón que el Ministro actual no puso ese huevo.

Muchas personas me detienen en la calle para estimularme a que continúe los esfuerzos por acabar con tanta novelaría malsana como la de que es víctima nuestro pobre país, sugiriéndome que la emprenda contra los varones que llevan cabellera de mujer, ondulada y engrasada, de modo que sólo falta que le agreguen una cinta o se coloquen una margarita artificial sobre el inútil apéndice protegido en otro tiempo por el sombrero, para hacer de José una Josefina, como en las supercherías de los parques de diversiones, tipo Coney Island.

La única censura que se hace a mis observaciones, es que no he descrito bien el "meneo", que no es lo que los cubanos llaman "moliendo caña". En efecto es muy posible que dada mi mala vista y la distancia a que he contemplado los desfiles haya cometido errores de descripción. Habría que pedirle al inventor o introductor de esa nueva marcha rítmica que puntualice los movimientos de que consta. No creo que sea necesaria tanta exactitud. Tal vez la única manera de analizar el es-



Cristián Rodríguez

tilo de marchar a que nos hemos referido en repetidas ocasiones, sea contratar con una empresa cinematográfica o con un camarógrafo para que filme una cinta en lo que llaman "cámara lenta" (slow motion, en inglés), que consiste en tomar una película a gran velocidad, de modo que al proyectarse a la velocidad normal se consiga la impresión de lentitud. Dicen algunos de los que creen poder hacer una descripción más exacta, que el paso es muy complejo y que se inicia con un movimiento semejante al de un pájaro que quiera emprender el vuelo pero cuyas alas le han sido recortadas. A eso siguen algunos pasos semejantes a los que da una lora caminando en una mesa de mármol. Otros comparan los pasitos medidos de los desfilantes con los que da un niño a quien le ha ocurrido una desgracia en la clase, porque la maestra no le dio permiso de "ir afuera".

Parte de la oposición a la forma en que se organizan y preparan los desfiles escolares se dirige al tiempo que se desperdicia en esas maniobras de dudosa eficacia como cultura física y al consiguiente tiempo que se pierde, al restarse a los periodos de las clases, cuando el maestro o profesor se ve ante una clase casi totalmente vacía.

Me voy a permitir transcribir una carta que he recibido de un "maestro de montaña", que por el estilo de su escritura podría abochornar a muchos maestros urbanísticos. Está fechada en San Isidro de El General el 17 de los corrientes. Dice:

"Como siempre, leo con interés lo que usted escribe. Leí su comentario sobre el "meneo" de los desfiles escolares. También acabo de leer en La Nación de hoy, en la sección "Cartas a La Columna", otro comentario re-

ferente a los desfiles, firmado por Enrique Hidalgo B., que dice ser agente viajero.

"Como lo que usted escribe es —y con justicia— muy atendido por los numerosos lectores con que cuenta, me gustaría que insistiera sobre el tema ese de los desfiles. Quizás se logre que las altas autoridades terminaran con esos quince días más de vacaciones, como dice el estimable agente viajero, pues esas vacaciones adicionales resultan muy "meneadas" para los educadores, tan dados a la calma y a la rutina cotidiana: ... que las banderas, que los tambores, que un parche roto, que el estandarte, que esto o lo otro, y a la hora llegada... que la congoja, porque siempre algo se olvida, por más meneo que se haya desplegado durante los preparativos.

"En fin, yo no sé cómo será eso allá, en el Valle Central, intramontano, porque soy maestro de montaña.

"Bueno, ya que me aparté un poquito de la tradicional pereza, es bueno decirle que también leí en La Nación de hoy su comentario sobre el asunto ese, que dicen que es tan importante, de la evaluación. Es lo que más me ha gustado entre lo que se ha opinado sobre el tema en los últimos días.

"Lástima que no abunden los Omares Dengo en Costa Rica, como tampoco abundan los Ricardo Jiménez, los Juanes Santamarías... algunos ni "empujados" quemamos los mesones que entorpecen el progreso de nuestra patria.

¡Ojalá no lo haya molestado mucho con este dialecto mío.

Atentamente,

Isidro Mora Robles".

Por la forma en que se desempeña en el romance el autor de la carta transcrita, parece aconsejable que un buen número de maestros rurales vayan a la montaña, siguiendo el dicho del Profeta: "Si la montaña no viene hacia mí, iré a la montaña".

Es muy saludable y placentero para un hombre desconfiado y, a las veces pesimista, como yo, notar el interés que ahora existe cerca de las cuales se emiten o por las cuestiones educativas, a piniones más sensatas que las de los que dicen haber hecho de la educación una profesión.